

Los fenómenos signos y su relación con el significado inconsciente

Victor H. Rosen

Resumen

Si “significado” es un concepto ambiguo, “significado inconsciente” está doblemente cargado de ambigüedad. En esta discusión el significado consciente ha sido definido como la evocabilidad recíproca de palabras y cosas, o, en un sentido más general, de símbolos y de sus referentes. El concepto de Freud de relación palabra-cosa tal como ha sido descrito en su trabajo *El inconsciente* (1915), está de acuerdo en su esencia con este concepto de significado prestado de la semántica general. Se ha sugerido una revisión de la formulación de Freud. En lugar de la “cosa presentada” averbal, residiendo en un inconsciente topográfico, se propone que un proceso primario que utiliza fenómenos señales y signos, existe como un sistema subordinado dentro de uno supraordinado de símbolos, que utiliza el proceso secundario. Estos fenómenos “señal”, y “signo” del proceso primario no son “cosas presentadas” pero los representan al primero por contigüidad y al segundo por símil. La relación de las señales con las cosas señalizadas por contigüidad y el carácter icónico de los signos, los hace aparecer como siendo “representaciones” de las llamadas “cosas en sí”. Más aun, se postula que este sistema subordinado opera como un dispositivo de resonancia mnémico para la evocación de las formas simbólicas en el proceso secundario supraordinado, especialmente la evocación de aspectos fonéticos semánticos y sintácticos de los símbolos de lenguaje. Esta reciprocidad asimismo incluye una influencia del sistema supraordinado sobre los acontecimientos señalizantes y significantes en el sistema subordinado (proceso primario). Cuando la interacción de los dos sistemas procede autónomamente, todo significado es sentido como si derivara de la relación palabra-cosa en el proceso secundario solamente, que habi-

tualmente coincide con el sistema “consciente topográfico”. Clínicamente sabemos que hay un gran número de manifestaciones de interferencia en esta autonomía que parece ser “insensata” si se hacen tentativas para descodificarlas de acuerdo con las reglas de los sistemas simbólicos. Una parapraxia, el paradigma de tal perturbación, puede ocurrir cuando existe una interrupción voluntaria de la codificación en el sistema supraordinado que interfiere con el funcionamiento del subordinado. A su vez, el mismo defecto puede tener lugar cuando las combinaciones señales-signos no encuentran un símbolo representante correspondiente en el sistema supraordinado. 12 El analista escuchando el proceso de libre asociación暂时amente deja de lado las reglas semánticas y sintácticas para la descodificación de los símbolos lingüísticos y utiliza sus símiles y características metonímicas para descifrar las señales y signos de los que proceden. Una interpretación es una traducción y resíntesis en un lenguaje referencial de operaciones señales-signos que interfiere en el sistema subordinado. La libre asociación es un modo de réplica a la función de codificación perturbada que es producida por una disrupción de la autonomía codificante. Esta réplica es una tentativa de averiguar bajo condiciones relativamente controladas, cómo las funciones de codificación y descodificación señales-signos-símbolos se descarrilaron desde su mismo comienzo. Las inferencias surgidas de esta réplica son lo que llamamos el “significado inconsciente”.

El significado del significado (*Ogden y Richards, 1946; Sebeok y colaboradores, 1964; Ullman, 1962*) ha ocupado a los estudiosos desde hace siglos. El *Cratylus* de Platón (*Hryden y Alworth, 1965*) es considerada la

primera exposición comprensiva de los problemas semánticos mayores. Desde entonces, epistemólogos, filólogos y psicólogos han luchado con las intrincaciones que surgían de sus cuestionamientos. Recientemente la semántica se ha vuelto una de las principales subdivisiones de la lingüística y el foco mayor de dos disciplinas: la teoría de la información y la teoría de la comunicación. Estas dos últimas disciplinas traspasan los límites de la lingüística, de la psicología y de la matemática. El interés por los problemas semánticos ha dado nacimiento también *al campo híbrido pero fértil* de la psicolingüística.

No voy a dirigir esta discusión primariamente hacia el problema general del significado. Más bien trataré de considerar qué es lo que los psicoanalistas quieren expresar cuando hablan de “significado latente” o “inconsciente” (*ver también Beres, 1962*). Habré de reexaminar dos ejemplos de parapraxias dados por Freud (1901) como modelo de la investigación del “significado inconsciente”. Algunas ideas del campo de la semiótica 2 (la teoría de los signos) nos ayudarán porque rebasan y unen esta disciplina y la nuestra propia.

La existencia de un aparato mental inconsciente, capaz de una amplia variedad de operaciones mentales es una de las hipótesis centrales de la teoría psicoanalítica. Puede inferirse de esta hipótesis que los procesos simbólicos existen en la mente humana de un modo no consciente. Esta hipótesis, y la prueba que se ha dado en apoyo de ella, fue una de las contribuciones mayores de Freud a la psicología. Contrariamente a las investigaciones filosóficas y psicológicas que lo precedieron, el psicoanálisis no comenzó con una investigación de lo que las mentes científicas de sus días consideraban ser problemas de “significación”. Parapraxias, sueños y síntomas neuróticos eran considerados fenómenos “sin sentido” o en el mejor de los casos, ejemplos menores de disfunciones fisiológicas. Así, en cierto sentido las investigaciones originales de Freud fueron una tentativa de encontrar un significado en lo que carecía de él.

Creo que una de las claves de la presente tentativa radica en la comparación de las dinámicas de la experiencia cognocitiva de significación con la

experiencia de carencia de significado, tal como ocurre en el analista durante el proceso analítico. Es aquí donde pienso que la teoría de los signos complementaría las formulaciones psicoanalíticas.

En la discusión siguiente usaré la palabra *signo* en un sentido genérico para significar cualquiera de las tres entidades: una *señal*, un *signo* o un *símbolo*...

Es necesaria una discusión preliminar de los aspectos relevantes de la definición de significado. Significado es una de las palabras más ambiguas de nuestro idioma. En el lenguaje común se la comprende como fenómeno cognocitivo, descrito después de diversos modos. La mayoría de estas descripciones terminan por ser afirmaciones circulares. Ejemplos de tales definiciones ambiguas serían: “El significado es una experiencia de significación” o, “Significado es el conocimiento de las relaciones representacionales”. La ambigüedad puede ser reducida pero de ningún modo resulta si uno estrecha su atención hacia los fenómenos “señales” (*Greenberg*, 1957; *Ullman*, 1962). (Consideraremos un “signo” en su sentido genérico, por el momento, como algo por medio de lo cual otra cosa es conocida o representada.) La ambigüedad puede ser reducida más aún considerando solamente el problema del significado verbal. Para el propósito de esta discusión consideraré suficiente la definición semántica usual de significado. Significado es la relación recíproca entre el símbolo y lo simbolizado o, en términos más simples (cuando las palabras son los símbolos), la evocabilidad mutua de nombre y sentido (*Ogden y Richards*, 1946; *Rosen*, 1966; *Shapiro*, 1967; *Ullman*, 1962).

Ya sea que sigamos las definiciones de significado amplia o restringida, la experiencia de significación —por definición— no es posible a menos que algo pueda ser visto como representando alguna otra cosa. Esto es el umbral mínimo de conducta o experiencia que puede ser llamada “cognocitiva”. Algo menos es una percepción primitiva, un mero registro por así decirlo, de una “figura” y “fondo”. Así el proceso de representación mental, la capacidad de reaccionar a signos son fundamentales para la experiencia del “significado”. La experiencia del significado resulta entonces en la proposición de que A representa a B y que B es designado por A. Esto ocurre tanto si la relación entre A y B es el resultado de una relación verídica de orden natural, de convención arbitraria, una mala interpretación del sujeto o una interpretación idiosincrásica

de la relación entre A y B. La experiencia subjetiva de significancia (o deberíamos decir significación) es la misma aun cuando el sujeto percibe que la conexión entre A y B es incorrecta. Uno sabe lo que el interlocutor quiere decir incluso cuando sabe que ello no es cierto. Podemos inferir de estas proposiciones lo que entendemos cuando decimos que algo no tiene significado, “no tiene sentido”. Una afirmación no tiene por qué ser falsa para no tener sentido. Solamente debe carecer de todo valor signo. En otras palabras, para ser realmente carente de “significado” o de sentido, una cosa puede ser vista como representándose solamente a sí misma. En términos lingüísticos el concepto correcto de “sin sentido” sería el de una palabra sin un referente o un referente sin un nombre. ³

Si comprendemos la palabra “significado” como la experiencia que tiene lugar cuando el significado es reconocido por su signo, el “significado inconsciente” (si tal entidad existe) puede ser comprendido como el uso de o la reacción a signos sin experiencia consciente de significancia. En la disciplina de la semiótica (la teoría de los signos), la literatura revela una falta de acuerdo y, del punto de vista de la psicología, una falta de consistencia en el uso de ciertos términos. En la siguiente discusión usaré el término “función señal” para designar señales, signos y símbolos y los diferenciaré cuando sea necesario. Consideremos mi afirmación previa de que la experiencia del “sin sentido” es la aserción de que una cosa o acontecimiento no tiene “función señal”. Sería más correcto decir que algo es un sin sentido cuando carece de funciones señales, signos o simbólicas *relevantes* para el individuo que las experimenta. De acuerdo con el semiótico (a quien le interesan los *procesos* psicológicos de significación como tales), señales, signos y símbolos forman un continuo y no pueden ser estrictamente delimitados desde que el mismo acontecimiento que funciona como señal en un contexto puede funcionar como un símbolo en otro (*Greenberg*, 1957; *Pierce*, 1961; *Rycroft*, 1958; *Ullman*, 1962).⁴ Para el psicólogo, sin embargo, para quien la relevancia en el contexto es un problema central, las distinciones cualitativas entre señales, signos y símbolos son posibles.⁵

La diferencia entre el psicólogo y el semiótico puede ser ilustrada de otra manera. Un participante de un juego de anagramas se encuentra confrontando las que en un juego de letras al azar pueden ser combinadas de acuerdo con

las reglas del juego en una palabra de tres letras o más. Decir que todas las combinaciones son “insensatas” y que no hay símbolos significativos que sean relevantes en el contexto sería una afirmación psicológicamente correcta. El semiótico estaría de acuerdo pero sugeriría que erradicáramos el contexto o cambiáramos las reglas. Ahora vemos que cada letra por sí, tiene un signo fonético. Tres de ellas, digamos **S.O.S**, son la señal bien conocida de pedir socorro y una de las letras, digamos la *c*, es un símbolo matemático para una constante física. Parecería como trataré de demostrar más adelante, que el método semiótico de manejar un análisis de signos en un conjunto al azar de acontecimientos aparentemente no significantes esta más próximo al proceso psicoanalítico que una investigación estrictamente contextual de los mismos fenómenos por el psicólogo.

¿Cuáles son las diferencias entre señales, signos y símbolos desde un punto de vista de la experiencia de significancia? Comencemos con los fenómenos señales. Cualquiera que sea su forma, un acontecimiento A es una señal cuando da lugar a una expectación cognocitiva de materialización de un acontecimiento B. Desde ese punto de vista las nubes nimbos señalan lluvia, un aura epiléptica es una señal de un ataque y el silbato de una locomotora es una señal porque anticipa la llegada del tren. Las señales pueden tener o no una relación de causa a efecto con lo que señalizan. Pueden ser acontecimientos simples o complejos; pueden pertenecer a cualquier modalidad sensorial; pueden tener una asociación natural con el acontecimiento señalizado tal como las nubes y la lluvia o uno convencional como en el caso del silbato de los trenes; pueden tener una asociación personal, idiosincrásica, sistematizada o al azar. El único rasgo característico que las señales parecen tener en común es una *contigüidad temporal o espacial de proximidad entre la señal y el acontecimiento* señalizado.

Un “signo” en su significado específico *es un acontecimiento A que indica la existencia de un acontecimiento B*. Un signo A no implica la materialización de un acontecimiento B, ni necesariamente está basado sobre alguna relación espacial o temporal con el acontecimiento que significa. Así una flecha en un poste de la calle significa una calle de una mano para el tráfico vehicular. Las pisadas en la arena de una isla que no figura en el mapa son signos de habitación humana, etcétera. En otros aspectos los signos pueden tener las mismas

relaciones sensoriales, causales, personales, naturales o convencionales con el significado, igual que una señal con lo señalado. El único atributo esencial compartido por los signos es la *similitud entre alguna característica del signo y alguna característica de la cosa significada*. La relación es llamada también “icónica” o pictográfica. Así una flecha de un signo direccional adquiere su valor por su similitud con un dedo que señala. Una pisada, con un pie humano, etcétera. Las trasmutaciones evolutivas de un signo pueden oscurecer su iconicidad con la cosa significada. Algunas veces la reconstrucción histórica es necesaria para encontrar la relación icónica original.

Lo que llamaré símbolo difiere de una señal o de un signo en un punto importante. La relación entre el símbolo y su referente, o la cosa simbolizada, es arbitraria y asignada por convención.

Probablemente, la contigüidad o la similitud con sus referentes jugaba algún papel en los orígenes de la simbolización, pero estos aspectos del símbolo ya no son reconstruibles y para todos los fines prácticos se puede decir que la relación del símbolo A con el referente B tiene características algebraicas. Refiramos A a B. Así los sustantivos de objetos comunes no tienen una relación aparente contigua o pictográfica con los objetos que denominan. 6

Los símbolos fonéticos o notacionales son abstracciones arbitrarias. Pueden ser usados como señales o signos, pero un símbolo como tal no necesariamente provoca la expectación de la materialización de su referente ni siquiera la de su existencia en el mundo “real”. El referente de un símbolo puede ser puramente imaginario como por ejemplo la raíz cuadrada de menos uno. No hay modo de señalar o significar un “Jabberwock” excepto por el nombre. Los símbolos verbales o notacionales tienen otra característica en común aparte de su arbitrariedad y son las reglas que gobiernan sus combinaciones permisibles. En el lenguaje esto es llamado sintaxis. La mayoría de los símbolos son creados para la comunicación del pensamiento. Su evolución es hacia una máxima explicitud de referencia y un alejamiento de la ambigüedad. La ambigüedad es una consecuencia necesaria de la representación por contigüidad o similitud. Así los sistemas simbólicos pueden tener reglas sintácticas; para las reglas semánticas y sintácticas que prescriben su utilización, los símbolos tienen un potencial combinatorio infinito en contraste

con las posibilidades relativamente limitadas de permutación de señales y signos. El uso de símbolos, en contraste con las señales y signos, resulta en una economía de gasto de energía para la representación y comunicación. ~ El paradigma de sistemas simbólicos es el código de lenguaje común, pero no es el único usado en operaciones mentales.

Aquí quisiera sugerir la posibilidad de que tomáramos al “proceso primario” como principalmente una actividad señalizante y significativa mientras que el “proceso secundario” se caracteriza por su uso predominante de símbolos. También trataré de mostrar en la discusión que sigue que el proceso primario usa símbolos convencionales solamente para convertirlos en señales o signos y que inversamente el uso de señales y signos por el proceso secundario depende de su adquisición de referentes convencionales arbitrarios. Otras características de los procesos primario y secundario son probablemente consecuencia de su utilización de fenómenos señales-signos o de símbolos. (Edelheit, 1967; Rosen, 1966, 1967) Por ejemplo, la diferencia en la llamada “velocidad de descarga” de los procesos primarios o la relativa “demora de la descarga” que caracteriza los procesos secundarios puede ser una consecuencia de la diferencia de tiempo necesario para una simple operación de descodificación en el caso de señales y la, relativamente compleja, necesaria en el caso de sistemas simbólicos. Los resultados de la actividad del proceso primario son habitualmente inconscientes, mientras que los del proceso secundario habitualmente son conscientes o fácilmente accesibles a la conciencia. Trataré también de demostrar que el proceso analítico trata de descifrar el significado inconsciente de dos modos: 1) reduciendo acontecimientos personales descritos en símbolos de proceso secundario acontecimientos señales y signos, y 2) interpretando señales y signos idiosincrásicos en símbolos de lenguaje convencional (*ver también Rycroft, 1958; Shapiro, 1967*).

La relación entre la señal y lo señalizado es de contigüidad y la relación entre el signo y lo significado es de similitud; hay así dos formas importantes componentes de dos formas de metáfora: la metonimia y el símil respectivamente. La metonimia es la forma de metáfora que utiliza el mecanismo familiar del *pars pro toto* o un objeto contiguo como medio de referencia. Así la “corona” toma lugar del rey; la orden es referida como

viniendo de la “Casa de Gobierno” más que del presidente. Las metonimias son frecuentemente palabras señales. Así el grito de “fuego” es una advertencia de peligro, es decir algo que está ardiendo y hay un peligro de extensión hacia otras cosas de la causa de una conflagración. El fuego es solamente una parte contigua de algo que está ardiendo. El señalar con el dedo frecuentemente es otro rasgo de la metonimia que tiene característica de señal. La afirmación “una vela” en alta mar, apuntando con el dedo, indica un barco en el horizonte.

Por otro lado, la forma verbal de la representación icónica es el símil, Un símil puede ser simple y descriptivo; el término “amarillo limón” señala hacia un matiz particular de la parte amarilla del espectro tal como aparece a los ojos del que mira a través de su similitud con el color de un fruto cítrico común. Un símil puede ser complejo y creativo como en el caso de Mr. T. S. Eliot, que ve “el atardecer extenderse hacia el cielo como un paciente eterizado sobre la mesa” (1952). La invitación a participar de una vista idiosincrásica de un cielo a media luz y de un paciente anestesiado en la imaginación del poeta puede o no ser iluminante para el lector. Ciertamente no evocará el tipo de experiencias comunes extensivas que están implícitas en la frase “amarillo limón”, pero puede evocar una, imaginativa, nueva. Sin embargo ambos utilizan el rasgo esencial del símil en el cual un objeto entero es comparado con otro para provocar una representación mental de algo no familiar al que escucha en términos de familiar. En el símil, el objeto familiar usado para la evocación representacional no tiene por qué tener una contigüidad temporal o espacial con la contraparte objetiva de la imagen que busca evocar. La representación de lo no familiar en términos de familiar en el símil, particularmente en formas poéticas, se parece a la identificación global más que a la selectiva. Preocupado con el parecido que se le presenta, el poeta parece no preocuparse con los atributos inapropiados de las cosas que ha estado comparando. Las metonimias son -frecuentemente usadas como signos. Por ejemplo la Paloma de la Paz en el emblema de las Naciones Unidas, o la Balanza de la Justicia en el sistema judicial federal.* De hecho, los emblemas son algunos de los ejemplos más felices de la utilización de símiles para propósitos de signo. Permítaseme mencionar algunos otros atributos salientes de la metonimia y del símil (*Jakobson*, 1964; *Jakobson y Halle*, 1956): 1) Condensación;

* De Estados Unidos (nota de redacción).

especialmente en el símil: amarillo limón, por ejemplo, fusiona dos objetos, el fruto cítrico y el objeto con cuyo color lo estoy comparando. 2) El desplazamiento: cuando la corona representa al rey los atributos de todos los objetos son desplazados sobre su parte. Se dice que la corona habla de “tomar nota de”, etcétera. 3) Representación plástica: especialmente en el símil; una abstracción o un sustantivo colectivo son comparados con otro objeto que tiene una mayor discreción y representabilidad. Así “el atardecer”, una entidad difusa, obtiene una representación plástica de mayor desunión, “un paciente eterizado sobre la mesa”. 4) Generalización: en el símil especial, el resultado usual de retratar lo no familiar en términos de familiar es para reemplazar una cosa particular no familiar por una categoría de cosas familiares. El símil “amarillo limón” conjura no solamente toda la clase limones sino una gran variedad de cosas que tienen un matiz amarillo similar. 5) Rapidez de respuesta: en ambos, metonimia y símil (tal como señales y signos), la metáfora tiende hacia un reconocimiento instantáneo. El objeto parcial es más fácilmente evocado que el total. El familiar se evoca más rápidamente que el no familiar. En los tests de asociación de palabras, los tiempos de reacción más cortos se ven en respuestas por contigüidad o símiles; los retardos acompañan las respuestas que se desvían de este *pattern*. 6) Omisión del tiempo: la proximidad de la parte con respecto al todo en la metonimia no permite el desarrollo del concepto de tiempo transcurrido. Una metonimia, igual que una señal es sincrónica en lo que representa. En el símil lo mismo que en representaciones mentales a ser comparadas existe una simultaneidad aun cuando procedan de lugares lejanamente separados. Así son las características que también asignamos al “proceso primario”. Inversamente la especificidad, la desunión, la representación abstracta, la categorización y el retardo de respuesta al estímulo son características de los símbolos convencionales 8 y del “proceso secundario”.

Finalmente, quisiera señalar que los conceptos de signo y señal de símil y metonimia son relevantes para las manifestaciones culturales que llamamos “tótem” y “tabú”. En los tabúes, tanto el *mana* de virtudes especiales como las influencias nocivas de fuerzas malas, son adquiridos o rechazados por “operaciones distanciantes” en términos temporales o espaciales. El amuleto, que es una metonimia representa o está en el “lugar de” un protector poderoso,

es también una señal a los espíritus, del mal de que pueden sufrir si se aproximan a su portador. Los tótemes, tal como los signos y símiles son representaciones icónicas tomadas del mundo animal de los mitos del clan. Igual que los emblemas y las marcas comerciales también sirven como signos de identidad y de lazos de parentesco. En los fenómenos tótem y tabú igual que toda la fase animística mágica de la cultura primitiva, hay una mezcla íntima de los fenómenos señal y signo.

En muchos de sus escritos tempranos, Freud tenía conciencia (por lo menos implícitamente) de la importancia de las señales y sigilos y de la metonimia y símil en los mecanismos de los síntomas neuróticos, de los sueños y de la psicopatología de la vida cotidiana. Quisiera reexaminar algunos de estos ejemplos, particularmente aquellos contenidos en *La psicopatología de la vida cotidiana* [1901], de este punto de vista semiótico. También quisiera llamar la atención sobre alguna de las afirmaciones generales de este contexto. 9 Por ejemplo, siguiendo su diagrama de sustituciones y desplazamientos que determinan las paramnesias en derredor del nombre "Signorelli" (1901, p. 5), Freud dice: "Así los nombres han sido tratados en este proceso como pictogramas en una frase que había de ser convertida en un rompecabezas pictográfico (o rebus)". El papel del símil en los prefijos y sufijos de los nombres sustituidos se indica claramente en el diagrama. En una nota al pie de la misma página dice de los eslabones "Bosnia-Herzegovina" en la cadena de su reconstrucción:

"Estas dos regiones de la monarquía austro-húngara habitualmente se nombraban juntas casi como si formaran una sola palabra". Se podría agregar que su proximidad espacial es una determinante de contigüidad de esta designación compuesta. Ciertamente el área mayor dentro de la cual existían estas provincias era una entidad también unida por un guión, el imperio Austro-Húngaro mismo. En la página siguiente se puede encontrar este pasaje notable:

"El resumen de las condicionantes del olvido de nombres acompañado de recuerdo erróneo será, pues, el siguiente: 1) Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trata. 2) Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes. 3) La posibilidad de una asociación exterior entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido. Esta última condición no

debe considerarse como muy importante, pues la asociación exterior referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los casos. Otra cuestión de más profundo alcance, es la de si una tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será además necesario que exista una más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal aun siendo los contenidos totalmente distintos, pero si se profundiza más, se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo), poseen con la mayor frecuencia una conexión en su contenido. El ejemplo «Signorelli», es una prueba de ello.”

Con la *poca importancia de las condicionantes de asociaciones de este tipo*, pienso que Freud quiere decir que la conexión de ideas por mera contigüidad o símil no requiere un esfuerzo de resolver problemas ni otro nivel particularmente avanzado de inteligencia o sofisticación. Pienso que también implica la necesidad de encadenamientos concurrentes de señal y signo en el contenido personal para la producción de una paramnesia, Finalmente dice (1901, p. 13):

“El principal valor del ejemplo «*aliquis*» reside, sin embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso «Signorelli». En este último, la reproducción del nombre se vio perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fue interrumpida de repente, pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema en el cual estaba incluido el nombre Signorelli. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado, existía tan sólo una relación de contigüidad temporal y ésta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa. En cambio, en el ejemplo «*aliquis*» no se observa huella ninguna de un tal tema independiente y reprimido que habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después produciendo una perturbación. El trastorno de la reproducción surge aquí del interior del tema tratado y a causa de una contradicción inconsciente que se alza frente a la opción expresada en la cita latina.”

Creo que aquí Freud está diciendo que la represión de una idea surge primero y quita algún elemento de la conciencia a la cual está conectado por un

símil (una “conexión de contenido”) o por una contigüidad temporal. Alternativamente, dice, una serie de ideas pueden surgir bruscamente en el pensamiento previamente reprimido (al cual están asociados por símil o contigüidad) con la perturbación resultante en la evocación de una palabra consciente (sím-bolo).

En una comunicación previa (Rosen, 1967) sugerí que una perturbación codificada por un símil o contigüidad (un desorden codificado) puede producir una perturbación en la comunicación. Así una serie de afirmaciones conectadas por alguna contigüidad espacial o temporal requieren un símil para proporcionar información al que escucha. Por ejemplo, dos personas extrañas pueden convenir por carta en encontrarse en algún lugar público. La confusión con otros transeúntes puede surgir de un acuerdo que especificaba solamente tiempo y lugar. Si uno u otro describe su apariencia, se agrega un símil que reduce en forma marcada la probabilidad de que su encuentro fracase. Inversamente, una serie de ideas ligadas por símiles obstaculizan el curso narrativo. Un relato requiere algún tipo de ordenación temporal de los acontecimientos para hacer comprensible un “acontecer” al que escucha. Asociaciones basadas solamente sobre símiles desembocan en una serie de digresiones que parecen conducir al que habla más y más lejos de su tópico original. Finalmente, el que escucha impaciente puede preguntar o exigir conocer la relevancia de las manifestaciones del que habla. En un estilo de comunicación en que las ideas están asociadas predominantemente por símiles, las ambigüedades frecuentemente pueden ser resueltas por la inserción de lugar, tiempo o persona, que aclara el contexto de digresión del que habla. Así, las probabilidades inferenciales, sin referencias precisas, dependen de la conjunción de símil y metonimia (*ver también Spence, 1968, sobre el papel de la “redundancia”*). Creo que en la reconstrucción del “significado inconsciente” se produce un proceso similar. Los signos son buscados para la elucidación de señales y viceversa. La “frase pictográfica o rebus” (de “desplazamiento sustitutivo” descrito por Freud) no tiene significado hasta que descubramos su contigüidad con el “pensamiento reprimido”. El motivo para la represión de una idea, a su vez, permanece oscuro hasta que encontramos los rasgos comunes (símiles) de los elementos del “rebus” y del pensamiento inconsciente que permitan la sustitución de desplazamientos y que conduzcan a nuestra comprensión de una conducta, hasta este momento

incomprensible.

Permítaseme rever algunos de los pasos en el ejemplo “Signorelli” a modo de ilustración. Mientras viajaba en un tren desde la Dalmacia a Herzegovina Freud hablaba con un extraño sobre el viaje. El tópico de conversación estaba muy probablemente determinado por el símil con su actividad inmediata. Inquirió si su compañero “había estado alguna vez en Orvieto y había visto los famosos frescos pintados por ...) “. La amnesia tuvo lugar en ese momento y solamente los nombres sustitutivos “Boticelli” y “Boltraffio” se presentaron en su mente. Las investigaciones de Freud sobre las conexiones asociativas de estos nombres sustitutivos lo condujeron a la realización o a la comprobación de que el tópico precedente a esta cuestión se había referido a la costumbre de los turcos que vivían en Herzegovina. El compañero de Freud había alabado a estos turcos por su estoicismo poco común frente a enfermedades incurables. Esto hizo recordar a Freud otra anécdota sobre esta misma comunidad que había reprimido. En contraste con su resignación frente a la muerte inminente estaba su desesperación frente al padecimiento de alguna perturbación sexual. Freud pensaba que estos turcos colocaban un valor superior en el placer sexual que en la vida misma. Esta represión fue parcialmente motivada por la timidez de Freud en cuanto al discutir asuntos sexuales con extraños. Sin embargo, esta represión también ayudó a desviar el pensamiento de Freud de recientes malas noticias. Uno de sus pacientes, que sufría de una “perturbación sexual incurable” había cometido suicidio mientras Freud estaba de vacaciones. La anécdota sobre los turcos de Herzegovina funciona como un signo relacionado por un símil a un episodio doloroso que Freud prefirió quitar de su pensamiento. Creo que podemos inferir el símil del uso de la palabra “incurable” usada por Freud en conexión con *su* paciente. Éste debe de haber sido un período (1901) en el que Freud estaba intensamente hostigado por la crítica médica que lo acusaba de charlatanería. Igual que los turcos “incurables” que aseguraban a sus médicos que morían en la creencia que ‘todo lo que podría haberse hecho se hizo por ellos’, Freud debe de haber deseado que su paciente también hubiera podido vivir en la resignación antes que agregarle otro “fracaso” a su reputación (la de Freud) como terapeuta cuestionable en aquel tiempo. Si se reexamina el diagrama de ligaduras asociativas en este ejemplo también aquí ellas consisten de una serie de sí-miles y metonimias.

Esta cadena asociativa no retrocede a la palabra olvidada sino que recuerda al interlocutor paraprático que habla de la idea reprimida inmediatamente precediendo al lapsus mnésico. Desde que fue un símil reprimido que dio lugar a la paramnesia, puede ser de interés notar que el nombre del *lugar*, *Orvieto*, donde “Signorelli” trabajó —por así decirlo, una contigüidad— fue claramente recordado. ¿Cuál es entonces el significado inconsciente de la paramnesia “Signorelli”? En términos de su función signo tendríamos que decir que “Signorelli” representa la inevitabilidad de la muerte, la impotencia final del médico de no hacer más que diferirla por un pequeño fragmento de tiempo. Freud al principio no ve esta conexión y ve solamente el nombre como algo accidental y “externo”. (Su resistencia frente a su propio método nos es familiar en nuestros pacientes.) Sugiere que el mismo destino podía haber sufrido cualquier otro nombre propio en esta coyuntura. En una nota al pie de la página posterior (1901. p. 13) revisa su opinión y afirma:

“No estoy enteramente convencido de la ausencia de toda conexión externa [léase símil] entre los dos grupos de pensamientos en el caso “Signorelli”. Después de todo, si los pensamientos reprimidos sobre el teórico de muerte y vida sexual se siguen cuidadosamente uno llegará a encontrarse cara a cara con la idea de que de ningún modo esto es remoto del tópico de los frescos «de Orvieto».”

El editor de la *Standard Edition* sugiere otra determinante de contigüidad cuando dice entre paréntesis que con “Dr. Richard Karpe ha sugerido que puede haber una conexión aquí con la visita de una tumba etrusca cerca de Orvieto mencionada en *La interpretación de los sueños*” (1900, pp. 454-5).

El ejemplo “aliquis” que le sigue revela el mismo proceso pero a la inversa. Un amigo académico de Freud termina un discurso apasionado sobre la infortunada situación de los judíos en su mundo social con una cita de Virgilio: “Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor” (que alguno resurja de mis huesos como un vengador), pero con la omisión de la palabra “aliquis” (alguno). Freud, a pedido de su colega, proporciona la palabra que falta y éste lo persuade para ayudarlo en la reconstrucción de la dinámica del lapsus mediante el método de la libre asociación de Freud. Aquí nuevamente los eslabones asociativos se desarrollan primero a través de una serie de símiles fonéticos y después de contigüidades histórico-religiosas hacia el milagro de San Ianuarius, cuya sangre preservada en frasco se dice que se licúa milagrosamente en algún día

sagrado particular. San Ianuarius, también un santo del calendario es por lo tanto una llamativa metáfora del período menstrual. 10 A esta altura la huella sanguínea de símiles conduce a una idea que simplemente se salvó de la represión. La idea es una contigüidad, que revela el contexto de símiles y, por inferencia, el motivo de la amnesia. El orador admitió que estaba esperando ansiosamente noticias de una señora con la cual había disfrutado una reciente contigüidad, sobre si había tenido o no la menstruación. En la medida que era “liquis”, “líquido”, “licuar”, sangre licuada (asociación con la palabra “aliquis”) lo que condujo a la idea reprimida, estamos en presencia de una serie de símiles. Para el paciente se refería a una materialización y en ese sentido la palabra sirvió como una señal. La materialización podría ser confidentemente esperada en una de dos formas: si el periodo menstrual de la señora no aparecía, entonces lo hacía un feto (exoriare nostris ex ossibus).

¿Por qué los fenómenos señales son tan importantes para el establecimiento del significado inconsciente? Es probable que en la infancia temprana los sistemas de señales son el tipo principal de comunicación entre padre y niño. El llanto neonatal por hambre y la respuesta sonriente posterior son ejemplos pertinentes de esta etapa temprana. La materialización del pecho pronto es ligada al llanto por hambre y se establece una de las señales más tempranas. En una fase posterior con combinaciones más complejas de conductas miméticas, de gesto y balbuceo, que son crecientemente *imitativas* (icónicas), se agregan signos al sistema de señales. Debería notarse que la imitación es el vehículo para la formación de signos y símiles a través de identificaciones primitivas. Es también probable que la formación de signos puede proseguir cuando la maduración ha llegado a una etapa de independencia motora en la cual la mera existencia del objeto satisfactor de necesidades, es suficiente para disminuir la ansiedad sin la efectiva aparición de sustancias que satisfagan esta necesidad. Con el advenimiento del lenguaje sobreviene un nuevo sistema para la expresión del significado, el que sin embargo no reemplaza los sistemas señales-signos. ¿Qué tipo de relación podemos inferir entre este nuevo esquema supraordinado y el sistema de comunicación más primitivo del cual surgió? ¿Son procesos paralelos independientes o procesos recíprocos interdependientes? Es difícil de concebir una vastedad de símbolos verbales, como un conjunto de tarjetas perforadas para ser encontradas con mayor

facilidad tal como ingenuamente podría asumirse. Es más probable que lo que llamamos “sistema verbal preconsciente” sea una estación de relé para un sistema de señales y signos mnémicos que puedan ser traducidos en símbolos verbales bajo la influencia de factores internos y externos propicios. Los estudios detallados de Werner y Kaplan (1962) sobre la formación de símbolos dan cuenta de los procesos de desarrollo mediante los cuales las señales y signos se trasmutan en símbolos de lenguaje. Muestran cómo en el proceso de adquisición de los códigos simbólicos convencionales, especialmente de lenguaje, cada individuo atraviesa procesos idiosincrásicos de asociación de estímulos sensoriales, táctiles, auditivos y otros estímulos sensoriales (señales), experiencias, fantasías y teorías infantiles (signos) hasta el símbolo verbal convencional. Estas influencias idiosincrásicas están entrelazadas con otros procesos que ayudan a que el símbolo lingüístico adquiera su significado estándar. Es esta evolución que da a cada palabra un significado “denotativo” y uno “connotativo”. La experiencia clínica (*ver también Meerloo, 1964; Rosen, 1966, 1967; Rycroft, 1958; Shapiro, 1967; Weich, 1968*) indica que, como resultado de una regresión, estas asociaciones señales-signos pueden volver a agruparse alrededor de la palabra. Si el “significado” del “significado” es tomado como la evocabilidad mutua de palabras y cosas, una definición más sofisticada de significado sería la de reciprocidad de los procesos de codificación-descodificación. La codificación es básicamente la evocación del símbolo verbal por su referente señal y signo, mientras que la descodificación es esencialmente la evocación de fenómenos señales y signos por símbolos verbales. Este proceso recíproco es interpersonal cuando tiene lugar entre interlocutores e intrapsíquico cuando toma la forma del “lenguaje interno”. En este esquema el funcionamiento autónomo de un sistema de evocación de palabras de posibilidades casi ilimitadas (si se consideran las permutaciones combinatorias) depende de la operación no perturbada de los procesos de mezcla y recombinación de un número relativamente limitado de entidades señales-signos.

Diversos estudios del aprendizaje del lenguaje en la infancia (*Leopold, 1952; Lewis, 1951; Werner y Kaplan, 1962*) indican la importancia de las señales y los signos en la comunicación presimbólica. Las señales fonéticas del período del balbuceo y del llanto se convierten en signos, tal como fue señalado arriba,

cuando están fonémicamente organizadas en una imitación del adulto. Estas palabras imitativas, son signos en tanto que la imitación por sí misma toma precedencia sobre cualquier uso efectivo de la palabra como referente, es decir son icónicas con los sonidos del que enseña el lenguaje (igual que el lenguaje de los papagayos), más que símbolos convencionales usados en la comunicación de ideas. La palabra puede alcanzar un valor simbólico inicial cuando se separa del estímulo imitativo y es formalmente aplicada a un referente (aun si este referente es erróneo). Ésta es la etapa del significado personal o idiosincrásico Y cuando la formación categorial y la invariabilidad se agregan al repertorio cognocitivo del niño, la palabra se vuelve cada vez más alejada de su referente idiosincrásico y adquiere su carácter de léxico convencional.

Se ha postulado que el funcionamiento autónomo del sistema señal-signo subordinado es necesario para la evocación de palabras en el sistema lenguaje supraordinado. La recíproca aparentemente también es cierta, tal como lo elaboraré más adelante. A menos que la pretendida palabra llegue a la conciencia, perturba la autonomía del sistema señal-signo subordinado. En otras palabras, podríamos especular que poseemos aquí sistemas que se activan mutuamente y que pueden perturbarse en cualquiera de las dos direcciones. Combinaciones señales-signos altamente cargadas de significación personal, evocadas por palabras o frases “neutrales” pueden interferir con el sistema subordinado señal-signo, mientras que estímulos señales-signos “neutrales” pueden evocar palabras altamente significativas para el individuo en cuestión. Así es el ejemplo “aliquis” sospecharía que la palabra neutral “exoriarre” ya había partido de la metonimia de “alguien surgiendo de los huesos del interlocutor” con la resultante omisión de la palabra señal “aliquis” que amenazaba unir los huesos del que hablaba con el ciclo ovulatorio de su amante en una posibilidad cargada de angustia. En el ejemplo “Signorelli”, una serie de signos desagradables referentes a la muerte interrumpían la autonomía de la evocación de la palabra con el desplazamiento subsecuente del contexto de un tópico altamente cargado, los turcos enfermos de Herzegovina, hacia el nombre “neutral” de un pintor renacentista italiano.

De hecho el proceso mediante el cual llegamos a lo que llamamos ‘significado inconsciente’ de la parapraxia “sin sentido” es la inversa del pro-

ceso mediante el cual el lapsus tuvo su lugar al principio. Por el proceso de la libre asociación retrasamos una serie de símiles y contigüidades conectados aparentemente en forma insensata hasta el punto donde el proceso autónomo de evocación de símbolos se desvió. Esto es como recorrer un circuito eléctrico hasta que encontramos la ruptura en la línea. A veces el proceso retrógrado causa otra separación de tal modo que es imposible encontrar la primera. Llamamos a esto “resistencia”, pero puede ser una interferencia similar a la producida por el desplazamiento de la carga afectiva hacia nuevos elementos del sistema supraordinado o subordinado. En otros casos, tales como los citados por Freud es posible llegar a dilucidar el pensamiento consciente no verbalizado que precedió el “fracaso de poder”.

¿Cuál es entonces el significado latente de la parapraxia? Creo que podemos decir que hay dos significados: uno general y otro específico. En general, la parapraxia en sí es un signo, un signo de la omisión en la conciencia de una idea “relevante”, una que ha perturbado la actividad autónoma del proceso de codificación. La mayoría de los ejemplos conducen a esa conclusión. El significado específico de una parapraxia gira en derredor de los motivos de la represión de la idea que interfirió con la autonomía de evocación desde un principio. El motivo (o los motivos) pueden ser “leídos” resolviendo el “rebus” de símiles y metonimias provistos por los desplazamientos y sustituciones del proceso de libre asociación. Llamamos a esta solución del “rebus” una *interpretación*.

Es mi impresión que el hallazgo del significado de una parapraxia es el paradigma del proceso mediante el cual llegamos a la mayoría de las interpretaciones en el proceso analítico. Uno de los problemas del “significado inconsciente” depende de lo que entendamos por “interpretación correcta”. Se han sugerido muchos criterios para juzgar la validez de una interpretación por sus secuelas. Entre ellas pueden mencionarse: 1) el sentimiento de convicción que produce en el paciente; 2) el sentimiento de convicción ocurrido en el analista; 3) las asociaciones, manifestaciones afectivas y otras reacciones confirmatorias que siguen a la interpretación; 4) el grado con el cual las inferencias predictivas pueden ser trazadas desde la interpretación y subsecuentemente, válidas; 5) la productividad de la interpretación, dando nueva información, especialmente recuerdos, sueños y fantasías infantiles; 6) la aparición de nuevos síntomas; 7) la desaparición de síntomas viejos; 8) el

abandono de una o más defensas; 9) la resolución de una resistencia especialmente una que pareció haber producido un *estancamiento* en el análisis; 10) *la revelación por el paciente de algo conscientemente escamoteado, un pensamiento, un sueño, experiencia, etcétera*. Aunque todos estos criterios son sugestivos, ninguno de ellos solo o en combinación puede ser considerado concluyente.

En la lista de secuelas he puesto el punto 10) en bastardillas dado que en mi experiencia esta posibilidad es altamente ilustrativa, constituya o no una prueba verídica de acuerdo con los postulados del método científico. En el desenredar de las varias formas de la psicopatología de la vida cotidiana, la represión consciente de una idea en el curso de una exposición o de una narración aparece constantemente. El pensamiento conscientemente reprimido se encuentra en dos tipos frecuentes de sesiones analíticas que son análogos a los ejemplos "Signorelli" y "aliquis". En uno de los tipos de sesión, una interpretación hace reaparecer una información enterrada por medio de una confesión de una idea escamoteada. Por ejemplo a un estudiante de medicina con problemas escolares se le dijo que parecía estar "dosificando" la información que daba sobre ciertos acontecimientos proporcionándolos por pedacitos de sesión a sesión. Dije que pensaba que esto era parte de su tendencia de usurpar el papel de médico en vez de quedar en el de paciente, prejuzgando él mismo la relevancia de lo que me decía. Contestó diciendo que desde el principio de esta sesión se había sentido con náuseas. No lo mencionó porque sabía que era debido a un virus gastrointestinal que había estado dando vueltas por ahí y que no tenía importancia psicológica. Esto, sin embargo le hizo recordar de algo que nunca me había dicho durante dos años de análisis a saber que, en los dos primeros años había tenido una grave fobia escolar acompañada de náuseas después del desayuno en los días en que tenía que ir al instituto, pero no en los fines de semana. Una de sus asociaciones al empezar la facultad de medicina fue de que se sentía como "estando de vuelta en primer año".

En el segundo tipo, la revelación de que un pensamiento ha sido escamoteado es una clave para el significado de las asociaciones previas. Esto ocurre frecuentemente al finalizar la sesión. Por ejemplo una mujer joven durante una sesión expresa temores obsesivos sobre su tratamiento y sobre la

posibilidad del “precio de la cura”, en términos de que “el sacrificio de su autodeterminación” era demasiado grande. Fue incapaz de explicar por qué esto comenzó tan bruscamente a preocuparla cuando marchaba bien. Dándose vuelta, en momentos en que estaba por abandonar el consultorio dijo: “Yo sé que debía haber mencionado esto; lo he pensado toda la sesión, pero no voy a poder venir mañana. Voy a explicarlo la próxima vez.” La reducción “señal” del pensamiento fue que yo (como su padre) interfería con cualquier plan hecho impulsivamente e insistiría en que ella lo discutiera primero conmigo. Su carácter depresivo y sus tendencias impulsivas estaban frecuentemente centrados sobre este residuo transferencial.

Agradecimientos

Debo muchas de las ideas de este trabajo a las discusiones que he tenido con miembros del Grupo de estudios y lingüística del Instituto Psicoanalítico de Nueva York” durante estos últimos años. Estoy también agradecido a la doctora Elise W. Snyder por sus muy valiosas sugerencias al texto y editoriales.

Traducido por Tomás Bedó

NOTAS

1. Presentado a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York el 29 de octubre de 1968 y publicado en **Int. .J. Psycho.** 50, 197; 1969.
2. Es interesante que el término “semiótica” (**Sebeok y colaboradores, 1964**) fue confinado en su uso más temprano a la teoría médica de los síntomas y de su interpretación (semiología); fue introducido por primera vez aquí, en la filosofía de fines del siglo XVII por John Locke para señalar el estudio de los signos en general. Si los conceptos semióticos son útiles en la extensión de la comprensión de algunas manifestaciones de la psicopatología, las alteraciones de su significado habrán completado su ciclo.
3. Si se dice que la proposición A significa B es falsa ello no implica que la proposición sea un “sinsentido”; puede significar meramente que A es reconocido como un signo pero que no significa E. La afirmación de que una proposición es un sinsentido” puede también ser cierta solamente para el que habla, es decir puede ser una afirmación de no significancia o de ignorancia.
4. Por ejemplo, la exclamación “¡Cuidado ahí!”, puede ser una señal inespecífica de un peligro inminente o una Sugestión conativa para una acción específica en símbolos lingüísticos.
5. Por cierto, no sólo posibles sino esenciales. Por ejemplo: los gestos que acompañan el lenguaje hablado son parte de un sistema de signos que en si mismo tiene una semantividad limitada. Cuando estos gestos son organizados como en un código de comunicación de sordo-mudos, el semiótico signe describiéndoles como un “lenguaje de signos”. Cuando los normales se vuelven afásicos, hay habitualmente un aumento de área y expresividad de sus gestos paraverbales. La afasia en sordomudos, sin embargo, produce una profunda interferencia en su uso de gestos. Debemos asumir por lo tanto que la diferencia entre los gestos de un interlocutor vocalizante y los de un sordomudo no es solamente cuantitativa sino también cualitativa en lo que concierne al sistema nervioso central.
6. Una frecuente excepción señalada por los lingüistas son las palabras onomatopéyicas.

7. Por ejemplo, la reducción del número de signos de alfabetos fonéticos en comparación con pictográficos.

8. No incluyo aquí la discusión de la discrepancia entre el uso psicoanalítico y semiótico de los términos “símbolos” excepto para decir que en términos semióticos los “símbolos sexuales” del sueño, de los síntomas histéricos, etcétera, se clasificarían más adecuadamente como señales o signos. Parecen similares y metonimias y son reconocidos por contigüidades o por representaciones icónicas y no por acuerdos convencionales.

9. Para el propósito de esta discusión asumiré que el lector se halla familiarizado con los detalles y los ejemplos “Signorelli” y “aliquis”. Solamente recapitularé aquellos aspectos de los dos ejemplos que son relevantes para su uso en este momento.

10. También puede señalarse que los milagros religiosos son “signos” de la existencia de poderes divinamente inspirados (habitualmente curativos) en algunos individuos elegidos.

11. Deseo posponer la discusión en este punto del problema de jerarquías de interpretaciones relevantes para alguna constelación particular de asociaciones. Quedaré satisfecho por ahora con la proposición original que podemos decir que algo tiene significado cuando sabemos (o pensamos que sabemos) qué quiere decir.

12. Afectos difusos, tales como la llamada “angustia libremente flotante” pueden ser tales perturbaciones que emanan del sistema señal. Es posible que sea “libremente flotante” porque las señales no encuentran símbolos correspondientes para evocar.

BIBLIOGRAFÍA

- Beres. D. (1962): The Unconscious Fantasy. *Psychoanal. Q.* 31, 309-328.
- Edelheit, H. (1967): Speech and Psychic Structure: the Vocal-Auditory Organization of the Ego. (Trabajo presentado en la American Psychoanalytic Association, Detroit.)
- Eliot, T. S. (1952): The Love Song of J. Alfred Prufrock. *Complete Poems and Plays (1909-1950)*. Nueva York; Harcourt, Brace.
- Freud, S. (1900): The Interpretation of Dreams; S. E. 4-5.
- Freud, S. (1901): The Psychopathology of Everyday Life; SE. 6.
- Freud, S. (1915): The Unconscious; S. E. 14
- Greenberg, J. E. (1957): Language as a Sign System: Essays in Linguistics. Chicago; Univ. of Chicago Press.
- Hayden, D. E. y Alworth, E. P. (1965); *Classics in Semantics*. Nueva York; Philosophical Library.
- Jakobson. E. (1964): Towards a Linguistic Typology of Aphasic Impairment. En A. V. de Reuck y M. O. Conner [editores], *Ciba Foundation Symposium en Disorders of Language*, Londres; Churchill.
- Jakobson. R. y Halle, M. (1956): *Fundamentals of Language*. The Hague Mouton.
- Leopold. W. F. (1952): *Bibliography of Child Language*. Evanston, Ill; Northwestern Univ. Press.
- Lewis, M. M. (1951): *Infant Speech: A Study of the Beginning of Language*. Nueva York; *Humanities Press*.
- Meerlo, J. A. M. (1964): *Unobtrusive Communication*. Assen; Van Gorcum.
- Ogden. C. K. y Richards, I. A. (1946): *The Meaning of Meaning*. Nueva York; Harcourt, Brace.
- Pierce. J. E. (1961): *Symbols, Signals and Noise: The Nature and Process of Communication*. Nueva York; Harper.
- Rosen. V. H. (1966): Disturbances of Representation and Reference in Ego Deviations. En E. M. Loewenstein y al. [eds.] *Psychoanalysis: A General*

Psychology. Nueva York; Int. Univ. Press.

Rosen, V. H. (1967): Disorders of Communication in Psychoanalysis J. Am. Psychoanal. Ass., 15, 467-490.

Rycroft, C. (1958): An Enquiry into the Function of Words in Psychoanalysis. Int. J. Psycho-Anal., 39, 408-415.

Sebeok, T. A., Hayes, A. S. y Bateson, M. C. (1964): Approaches to Semiotics. The Hague; Mouton.

Shapiro, T. (1967): Interpretation on the naming process .(Trabajo presentado en el Linguistics Study Group; New York Psychoanalytic Institute.)

Spence, D. (1968): The Processin of Information in Psychotherapy: some Links with Psycholinguistics and information theory. Behav. Sc. 13, 349-361.

Ullman, S. (1962): Semantics. Oxford; Alden Presa.

Weich, M. J. (1968): Some Stages in the Development of Conceptual Language: Transitional Language, Language Fetish and Language Constancy. (Minutas del Study Group on Language and Psychoanalysis: New York Psychoanalytic Institute; abril 9.)

Werner, H. y Kaplan, E. (1962): Symbol Eormation. Cambridge Mass.: M. I. T. Press.